



De izquierda a derecha: Jaime Gil de Biedma, Carmen Riera, Carlos Barral y José A. Goytisolo

Un poeta vivo

por José Fdez. de la Sota

Era un poeta vivo y no como se ha dicho -por decir, por hablar, por hacer el artículo- *el gran superviviente de* su generación. No era un resto de nada sino un poeta entero y verdadero y vivo. Un poeta que siempre dio la cara y hasta nos dio su voz en aquellos conciertos -definitivamente inolvidables- en los que acompañaba a Paco Ibáñez. Sentado ante una mesa como de funcionario del Registro Civil o puesto en pie lo mismo que un torero, un poco de perfil según ha escrito Vázquez Montalbán, para tentar la suerte. Quizás logrando aquello que deseó Gil de Biedma: llegar a ser poema en lugar de poeta. Un poema con patas y zapatos y un pitillo en la boca, siempre negro, igual que su camisa -me malicio- igual que su bandera de corsario, la del pirata honrado y justiciero.

Era un miembro brillante de una generación -y de un grupo poético de supuestos amigos residentes en la misma ciudad, industriosa y condal- cuajada de talentos deslumbrantes. No se trata de hacer comparaciones. Y menos todavía comparaciones poéticas inútiles, radicalmente inválidas salvo que uno conciba la poesía como una rama de la microinformación o el diseño industrial. La poesía de José Agustín Goytisolo es una cosa viva y no un fiambre -que diría Ramón Irigoyen- de palabras muertas. Goytisolo nos habla desde su verso irónico, satírico, atrabiliario y tierno. Lo mismo nos acuna que nos da un buen meneo, nos agarra con fuerza las solapas, nos agita como un agitador,

Escribe Antonio Otero en un curioso opúsculo titulado *Colección particular* que Carlos Barral “cuando surgía el tema de las matemáticas, soltaba: que sumen y resten los esclavos.” A veces las anécdotas consiguen acercarnos muy peligrosamente a la categoría de los personajes. De Goytisolo cuentan infinidad de anécdotas. La del cingaro y su oso, por ejemplo. Se dice que el poeta era además, a ratos, excesivo. Los excesos y el gusto por contarlos, pintarlos, adobarlos. Da igual. La vida es un exceso casi siempre, no llegas o te pasas. Pretender equilibrio es asistir a la desolación de la quimera zen. José Agustín vivió, tal vez por eso, agitado, agitándonos. Y por eso no ha muerto y sigue vivo.